

## ***Más allá del dolor***

*Los radioyentes preguntan y la Biblia tiene la respuesta*

### ***¿Es la voluntad de Dios que suframos? ¿Existe esperanza para el corazón que sufre?***

Al colgar el teléfono mi corazón se llenó de una profunda preocupación. Los pastores recibimos muchas llamadas en busca de ayuda y consejos, pero esta vez la urgencia del pedido me hizo entender que una trágica experiencia me esperaba en el hospital al cual debía dirigirme de inmediato.

Andrés y Graciela habían llegado al centro de la Florida, en los Estados Unidos, como todo inmigrante optimista, en busca del sueño americano. Al alquilar un sencillo apartamento, la joven pareja se entregó a la tarea de acondicionar su mudanza mientras sus dos pequeños hijos, Andy de cinco años de edad y Ashley de dos, se divertían jugando a las escondidas en aquella calurosa tarde del mes de julio.

Después de un largo rato, cuando el pequeño dijo a sus padres que había buscado a su hermanita pero no podía encontrarla, se les heló la sangre en las venas. Buscaron por todas partes hasta que al fin encontraron el flácido cuerpecito inconsciente dentro del automóvil estacionado frente a la vivienda. En su inocente interés de esconderse de su hermano, la niña entró al vehículo y al no poder abrir la portezuela, sufrió la inevitable consecuencia de la altísima temperatura interior. La llevaron con urgencia al hospital con la esperanza de que se salvase pero la triste realidad fue que la pequeña llegó sin vida al centro de emergencia.

Es muy probable que algunos de mis lectores se identifiquen personalmente con una experiencia similar a ésta. El dolor de perder a un ser amado es terrible pero si es un hijo, el dolor sólo lo puede describir quien lo haya sufrido en carne propia.

¿Por qué sufrimos? Estamos acostumbrados a relacionar el dolor con la triste consecuencia de nuestras malas decisiones y acciones pero, ¿por qué sufren los inocentes? ¿por qué sufren y mueren los niños sin haber cometido ninguna falta? Estas preguntas por miles agujijonean nuestras mentes en busca de una respuesta lógica.

Al llegar al hospital fue descorazonador encontrarme con aquellos jóvenes padres desgarrados por el dolor. Aún con toda mi experiencia pastoral, me sentí incapacitado para darle respuesta a todas sus preguntas. Después del funeral los visité con el fin de compartir con ellos lo que la Biblia enseña de la muerte y la resurrección, y un rayo de luz comenzó a llenar sus corazones al saber que Dios nos brinda una esperanza que ni aún la muerte puede destruir. Decidieron seguir a Jesús y en la serie de conferencias televisadas que el evangelista Alejandro Bullón presentó desde Orlando, en la Florida, tuve el honor de entrar con Andrés y Graciela a las aguas bautismales para empezar una nueva vida en Cristo Jesús.

El dolor ha llegado a ser tan natural que no podemos separarlo de todas nuestras experiencias humanas. Al nacer, el bebé llora. Dice la ciencia que al entrar el aire en sus pulmoncitos por primera vez, hace que la criatura dé su primer grito lastimero. Pero nos

acostumbramos a escucharlo llorar; si no lo hace, es una señal de anormalidad y se le induce a hacerlo. Tiene que llorar para vivir. Desde entonces el dolor nos toma de la mano y recorre el camino de nuestras vidas de principio a fin, desde los dolores físicos: golpes y rasponazos en las rodillas en nuestros juegos y travesuras infantiles, hasta los emocionales – mucho más dolorosos– que sufriremos mientras vivamos.

Estamos tan íntimamente ligados al sufrimiento que lo relacionamos con todos nuestros sentimientos en forma indisoluble. Es imposible amar sin sufrir. Sufrimos más cuanto más amamos. Derramamos lágrimas por igual en la alegría y el dolor. Aunque el sufrimiento no estuvo en el plan original de Dios, por uno de esos misterios del amor divino, nos resulta imposible entender a Dios sino es a través de su dolor. *“Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que él cree, no se pierda más tenga vida eterna” (Juan 3: 16)*. Nuestro Creador sabe por experiencia propia lo que es sufrir el dolor. Al entregar a su Hijo a la muerte sufrió. Es realmente admirable que los seres más rebeldes del universo hayamos sido los “maestros” de Dios; le enseñamos a sufrir, y a llorar.

Hace unos años, cuando mi hija comentaba con su esposo la inesperada muerte del hijo de un matrimonio conocido, hizo énfasis en la necesidad de orar por esos quebrantados padres. Como es común que suceda, los niños escuchan más de lo que nos imaginamos y Brianna, mi nieta más pequeña, entonces de cuatro años de edad, se acercó a su madre y le dijo en tono solemne: *“Mami, tenemos que orar por Dios.”* Mi hija, maestra profesional, no perdió la oportunidad de corregirle su mala expresión gramatical: *“Mi amor, no se dice “orar **por** Dios” sino “orar **a** Dios”.* La respuesta de la niña fue más profunda de lo que parecía ser: *“No mami, debemos orar por Dios porque él también perdió un hijo.”* ¡Cuánta filosofía nos enseñan los niños!

Es cierto que hoy todos sufrimos y hasta el cielo entero sufre por el dolor humano. Dios simpatizó con nuestro sufrimiento y eligió, por puro amor, sufrir por nosotros. El profeta Isaías, más de siete siglos antes de nacer Jesús, vio los sufrimientos del Mesías: *“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.” (Isaías 53:3-5)*. Jesús llegó a tener una alta experiencia en el dolor y el sufrimiento.

Cuando sufrimos, solemos lamentarnos y muchas veces cuestionamos la razón de nuestros dolores. *“¿Por qué tengo que sufrir?”* – nos preguntamos – *“¿Qué mal habré yo hecho?”* La pregunta no debe ser *“¿Por qué?”* sino *“¿Para qué?”*, *“¿Con qué propósito?”* Hay una escuela en el dolor. Cuando erramos no podemos evitar las consecuencias; aún cuando Dios nos perdone, y logremos perdonarnos a nosotros mismos, con todo, tendremos que sufrir las consecuencias. Pero el dolor no siempre es el resultado de errores que cometamos. También sufrimos como consecuencia de errores de otros, ya sea que lo cometan a propósito en nuestra contra o que alguien a quien amamos sufra; nosotros sufriremos también con esa persona. Pero siempre, directa o indirectamente, sufrimos porque somos seres sensibles.

Pero al mirar al divino Sufriente pendiendo de la cruz, padeciendo el dolor ajeno, bebiendo las lágrimas de acíbar que le ocasionamos, habremos de expresarle nuestra más profunda gratitud. Por el misterio del Calvario, a través del oscuro túnel del sufrimiento divino, nos llega la luz de la esperanza. Un día, muy pronto, no sufriremos más. Se nos promete: *“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.”* (Apocalipsis 21: 4). La Palabra de Dios nos habla de una promesa. Creer en ella es la clave para ver más allá del dolor. Nos habla de la resurrección, de aquella esplendorosa mañana cuando los amados se reunirán para no separarse jamás. San Pablo aconsejó a los creyentes: *“Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. (1 Tesalonicenses 4:13–16.)*

¡Hay una esperanza más allá del dolor! Si ha sufrido la pérdida desgarradora de alguien especial; si el dolor espantoso de la separación le arranca el descanso y el sueño; si no vive el presente y no tiene esperanza en el futuro, le invito a mirar al Salvador. Hay una gloriosa esperanza para los que creen y confían en él. La Biblia nos enseña que si aceptamos su amante invitación, no tendremos que vivir desesperanzados. Cristo nos dice: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”* (Mateo 11: 28). Sólo en el descanso que Dios nos da, podremos aprender a convivir con el dolor sin que nos nuble la visión de un futuro mejor.

¿Desea ver más allá del dolor con esperanza? Siga estos consejos:

1. **Acepte hoy, ahora mismo, a Jesucristo como su único Salvador.** También acéptelo como su único Señor. Como Salvador, él le sirve a usted incondicionalmente; como Señor, espera que usted le sirva a él de la misma forma.
2. **Busque en su Palabra, la Sagrada Biblia, sus divinas promesas.** El nos dice que estará con nosotros en nuestras situaciones angustiosas. (Véase Salmo 91: 15) Dios no nos promete librarnos de nuestros dolores; muchas veces el dolor forma parte de nuestra disciplina pero promete acompañarnos en medio de ellos.
3. **Converse con Dios diariamente.** Abra su corazón al Señor mediante la oración y cuénteles sus problemas. El los conoce perfectamente pero usted necesita comunicarle sus sentimientos, sus dolores y frustraciones. Desarrolle su amistad con Dios. Elena G. de White, la eminente escritora y sierva de Dios dijo hace más de cien años que *“orar es el acto de abrir nuestro corazón a Dios como a un amigo”* (Camino a Cristo, pág. 93).
4. Por último, **comparta sus experiencias con otros.** Descubrimos que cuando ayudamos a los demás, nos ayudamos a nosotros mismos.

No mucho después del encuentro de Graciela y su esposo con Cristo Jesús, ella se me acercó en la iglesia. *“¡Pastor, – me dijo – quiero contarle lo que me sucedió!”*. Su rostro resplandecía lleno de felicidad mientras me narraba su linda experiencia. Mientras viajaba

en un ómnibus urbano, Graciela observó a una señora sentada a su lado. Según la expresión que vio en su rostro era evidente que estaba atravesando alguna experiencia no agradable. Graciela se sintió motivada a ayudar a aquella señora y le dijo: *“Le noto triste, ¿puedo ayudarle?”* Al contarle que estaba pasando por un mal momento, Graciela le narró su propia experiencia; como había perdido a su pequeña niña y como había encontrado consuelo en Jesús. La invitó a abrir su corazón a Dios y a aceptar su salvación. Al compartir conmigo su linda experiencia, noté como brillaba en los ojos de Graciela el gozo de la esperanza. No hay mayor antídoto contra el sufrimiento, que decirle a otros cuán bueno ha sido Dios con nosotros. Sólo así podremos ver más allá de dolor.

© 2015

***Pastor Rolando de los Ríos***

*Director/Orador*

*del programa de radio REVELACIÓN*